



RESCIENTOS años de tradición duermen al amparo de los vetustos muros de la vieja casona que en el siglo XVII diseñara el jesuita Juan

Bautista Coluchini para sede de la Academia Javeriana que fundóse allí en 1622 y que poco tiempo después el papa Clemente XI elevara a la categoría de Universidad.

Por sus claustros desfilaron los más notables personajes de entonces, y en sus aulas se escucharon las eruditas lecciones de los padres Mateo Mimbella, Martínez de Ripalda, Diego de Medina y Andrés López; del oidor Lozano de Peralta, del fiscal Moreno y Escandón, hasta que, a mediados de 1767, tocó al virrey Pedro Messía de la Zerda, marqués de la Vega de Armijo, cumplir la real cédula de Carlos III, que expulsaba a los jesuitas de España y de sus dominios. Acallóse el eco de las controversias doctorales; la riquísima biblioteca fué expropiada, arrióse el pabellón "de tafetán blanco y colorado, emblema de la Universidad", y el edificio poco después fué dedicado para colegio seminario.

La capilla de Nuestra Señora de la Luz, o de "la Compañía Chiquita", a la que tan preferente atención prestara el virrey D. José de Solís, y actualmente salón de exposición y de conferencias, fué consagrada al servicio castrense. Años

EL MUSEO DE ARTE COLONIAL DE BOGOTÁ

Por SOPHY PIZANO DE ORTIZ
(DIRECTORA DEL MUSEO)

más tarde, en el silencio y la paz de ese rincón santafereño, trabajaron nuestros grandes naturalistas Triana, Céspedes y Matiz, y se oyeron las enseñanzas magistrales de Boussingault, de Rivero, de Roulin y de Gaudet.

Según el historiador Guillermo Hernández de Alba, el 23 de octubre de 1812 se alzó allí la voz del precursor Nariño para "plantear al pueblo bogotano la solución de una de las más agudas crisis que recuerda la historia de la primera República". Biblioteca y museo en 1823; prisión del general Francisco de Paula Santander después de la conspiración septembrina; recinto destinado para las reuniones de la Cámara del primer Congreso constituyente de Colombia, recogió más tarde el eco de las postrimeras expresiones del Libertador Presidente, cuando en 1830, sirviendo de local para la Escuela Normal Lancasteriana, inau-

guró Bolívar el Congreso Admirable, último de la gran Colombia.

Salón de Grados; sala de audiencias públicas y de procesos célebres, en él se llevó a cabo el juicio verificado ante el Senado contra el general Mosquera, y al finalizar la segunda década de este siglo, allí se celebraron las audiencias en el proceso seguido a los asesinos del general Uribe Uribe, según lo ha recordado recientemente el doctor Gustavo Otero Muñoz. Cámara de Representantes y punto de reuniones de la Asamblea de Cundinamarca; sitio de sesiones de la Academia Colombiana de Historia; Museo de Reproducciones Artísticas y hasta depósito del Ministerio de Educación y almacén de ventas del zapato escolar.

Refugio de un pasado colonial y albergue de memorias amables o "de recuerdos trágicos de los días del Terror", cofre de tradiciones y leyendas, la Casa de las Aulas es un compendio de nuestro arte y de nuestra tradición.

* * *

La caída isócrona del surtidor que brota de la fuente del "patio grande" va marcando lentamente la huída del tiempo, cual otrora lo hiciera en la Plaza Mayor de Santa Fe, bajo la estática mirada de "El Mono de la Pila", testigo mudo del pasado castizo y señorial de la ciudad.

Por su lado desfilaron arzobispos y virreyes; encopetados oidores y canónigos; damas de rancia estirpe española, con el clásico faldellín, adornada la pollera con cintas y encajes; cubierta la cabeza con rebozo de bayeta de Castilla y seguida por una cohorte de criados mestizos, entre quienes ocupaba lugar preferente "la china" encargada de llevar el sillón y el tapete de su ama en las fiestas religiosas o en las corridas de toros; el indio venido del páramo en los días de mercado; el chalán que lucía su estampa y su cabalgadura ante la absorta mirada de las mujeres y el consiguiente recelo de los hombres; en fin, toda la Santa Fe colonial, galante, devota y pendenciera, se halla unida a la típica imagen de "El Mono de la Pila", y por ello en ninguna parte puede estar mejor que en el patio del Museo, rodeada de heliotropos y geranios, de mirtos y "canangas", de margaritas y claveles, clásicas flores santafereñas que prendieran a su cabello nuestras abuelas cuando iban "a quejarse al Mono de la Pila", de acuerdo con el refrán que todavía se repite entre los bogotanos auténticos.

Por los claustros y jardines aún parece que vagaran las sombras de frailes y de oidores, de sabios y de próceres, bajo la complaciente mirada de los virreyes que gobernarán el Nuevo Reino de Granada y que, desde sus marcos dorados, con sus empolvadas pelucas, su atuendo muy siglo XVIII y sus espadines al cinto, como defensores de una castiza tradición, montan la guardia, listos a defender no ya los fueros de los monarcas españoles, sino el tesoro artístico que en el Museo atestigua nuestra tradición de pueblo culto.

* * *

A la izquierda: Patio grande del Museo. A la derecha: Nuestra Señora del Rosario, de la escuela cuzqueña mestiza (siglo XVIII).





Vinculada estrechamente a la vieja tradición hispánica, guarda la "Casa Colonial" hermosas colecciones que demuestran la evidencia del florecimiento artístico durante el lapso comprendido entre la segunda mitad del siglo XVII y la primera década del siglo XIX, siendo interesante observar la innegable influencia que sobre los artífices del Virreinato de la Nueva Granada ejercieron algunas escuelas europeas de entonces y de manera muy especial la sevillana.

Acero de la Cruz, Gaspar y Baltasar de Figueroa, Francisco de Sandoval y el máximo Gregorio Vázquez de Arce y Ceballos, figuras sobresalientes en el arte pictórico neogranadino, nos legaron en sus obras la tradición recibida de España, sin influencia "mestiza" alguna, y, por lo tanto, puede considerárseles como pintores europeos nacidos en tierras de América, ya que la técnica, composición y aun el colorido de sus cuadros se hallan absolutamente distanciados de los que llevaron a la práctica por esos mismos años el potosino Pérez-Olguín, el indio Miguel Cabrera, en Méjico, y Manuel de Samaniego y Miguel de Santiago, en Quito.

Es interesante observar que la clásica pintura "santafereña", toda ella impregnada del misticismo español de la época, se distingue por la ausencia casi total de motivos profanos, prodigándose en cambio en los temas religiosos, sin que sepamos a ciencia cierta si esta tendencia fuera la resultante de un estado de alma colectivo, o si acaso la inspiración de los artistas se hallaba, por decirlo así, sujeta a la voluntad de quienes deseando enriquecer los numerosos conventos e iglesias, no tenían otro interés que la representación de vírgenes y santos de su peculiar devoción.

Hecho semejante debía acontecer en los recatados hogares coloniales, donde en salones y recámaras, según puede comprobarse en crónicas que de aquellos tiempos se conservan, junto a los lienzos y retablos de tema

A la izquierda: "El Mono de la Pila", fuente de la época virreinal. Abajo: Detalle de uno de los corredores del Museo.



religioso traídos de España por los abuelos, lucían las místicas figuras pintadas por artistas criollos, que entre nosotros prolongaban la tradición pictórica europea, inspirados quizás en estampas y grabados, o en aquellas obras trasladadas al Nuevo Reino de Granada por arzobispos, virreyes, oidores y personajes notables venidos de la metrópoli a la remota Santa Fe, y entre cuyos bienes figuran a menudo, en documentos que se conservan en el Archivo de Indias de Sevilla, cuadros del Divino Morales y Pablo de Céspedes, Zurbarán y Alonso Cano, Murillo y Mateo Cerezo, José Antolínez y hasta "una cocina grande firmada por Rubens", que con otros muchos cuadros de gran mérito legó el Excmo. Sr. D. Antonio Caballero y Góngora (el Arzobispo Virrey) "a favor de los arzobispos mis sucesores".

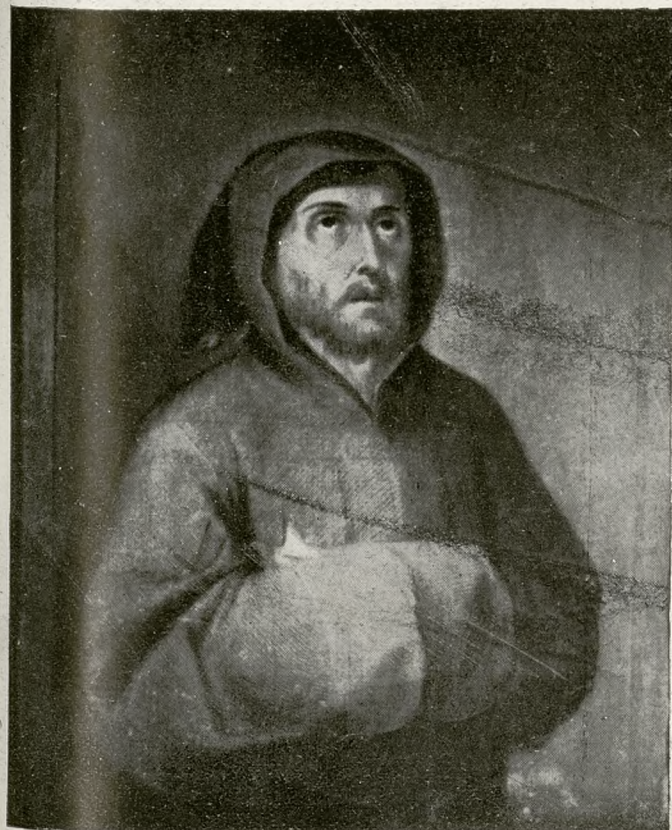
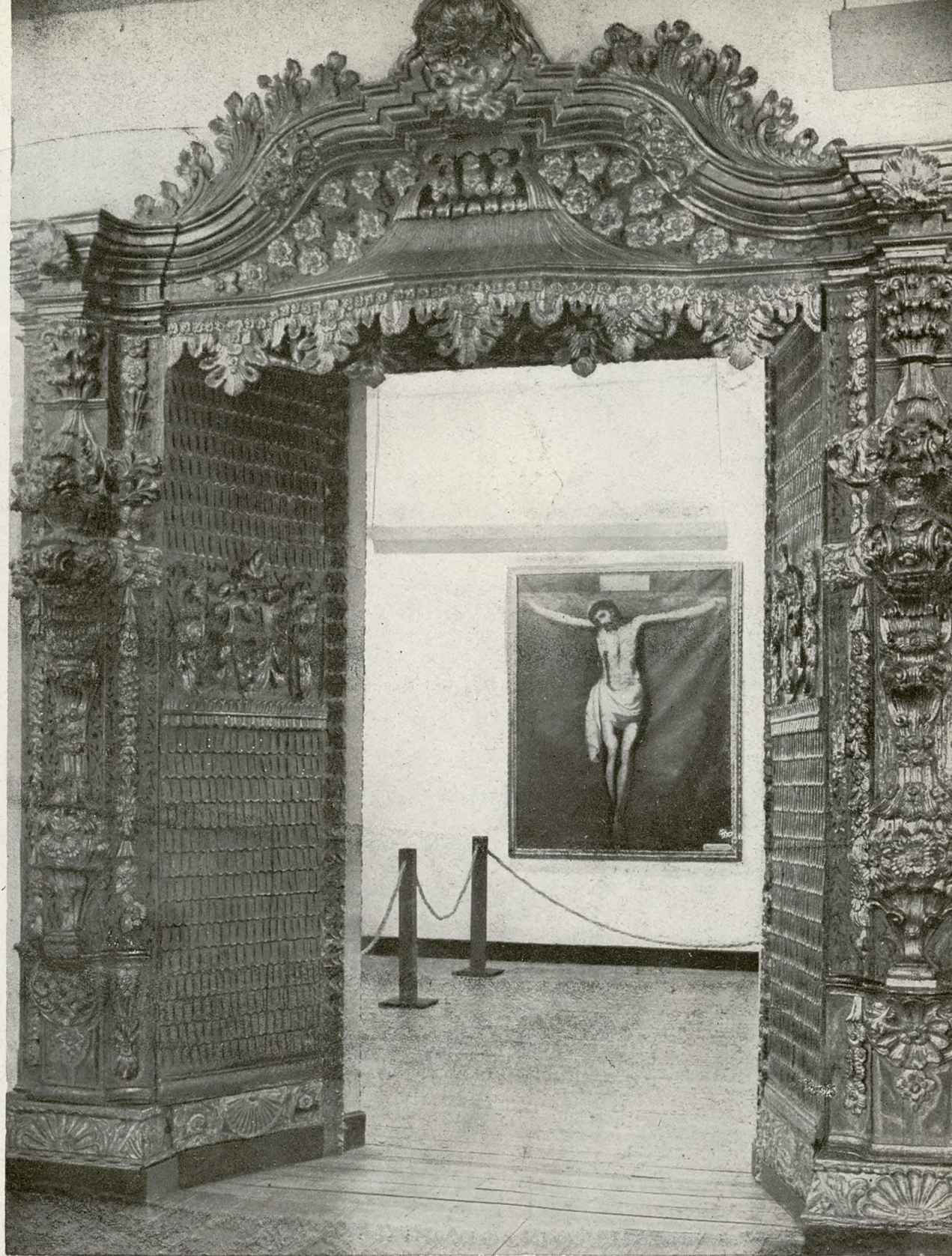
* * *

"Casa Colonial" santafereña; rincón de España en tierras de Colombia, eslabón que nos une a un pasado glorioso, en ella encontrará la madre Patria la prolongación de la cultura que antaño nos legara, el recuerdo perenne de una historia común de casi tres siglos; la devoción por las disciplinas del espíritu y la misma cordial acogida con que un mi remoto antepasado, D. Antón de Olalla, hidalgo cordobés, compañero del licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada en la fundación de Santa Fe en 1538, brindara la suya, y con ella la mano de su hija, al almirante D. Antonio Maldonado de Mendoza.

El Museo de Arte Colonial de Bogotá conserva un verdadero tesoro, tanto de obras españolas pintadas por artistas peninsulares, como en obras de ese arte criollo que en América llamamos también colonial, porque nació de la influencia directa del arte y la cultura española, europea, sobre los artistas indígenas.

¡Llor a España, madre de esta América inmensa y libre, tierra de promisión y de esperanza, a ella vinculada por los más grandes atributos humanos: la religión de Cristo, la sangre heroica de sus hijos y el idioma inmortal de Cervantes!

A la derecha: Entrada a una de las salas del Museo.



San Francisco, del santafereño Gregorio de Arce y Ceballos (siglo XVII).



El Niño de la Espina, de Gregorio de Arce y Ceballos (siglo XVII).



Virgen orante, de Baltasar de Figueroa. Escuela santafereña (siglo XVII).